

—¿No lo sé!
 —¿No lo sabes y no estás aquí a la fuerza?
 —¿Qué me quieres decir?
 —Que tú no eres un indio como la generalidad de los indios.

—¿En qué lo has conocido?—preguntó vendiéndose Ixtaolzín.

—En que has fingido tu nombre y tu patria.

—¿Quién te lo ha dicho?

—¡Tú!

—¿Yo? ¿cuando?

—Cuando dijiste llamarte Tlapantli y tener tu casa en Cuautitlán. ¿Te atreverías á repetirlo?

—¿Sacerdote de Cristo!—repuso Ixtaolzín con enfado y energía:—te he salvado la vida ¿quieres dejarme marchar?

—¿Sin hacer algo por tu alma?

—¿Quieres ó no quieres, sacerdote de Cristo?

—¡Sí quiero!—contestó Fray Martín con la misma amabilidad con que hasta entonces había hablado:—tuya es la puerta y..... gracias, hijo mío, por el servicio que me has prestado.

—Nada tienes que agradecerme: estoy pagado con haberte conocido.

—Ve, pues con Dios, hijo mío; pero..... ¿no volveré á verte?

Ixtaolzín que pasaba ya el dintel de la puerta de la celda, se detuvo en él y contestó:

—Sí: necesito hablar contigo; pero ahora..... déjame partir.

Ixtaolzín salió y Fray Martín, dejándose caer de rodillas ante un crucifijo, exclamó:

—¿Déjame convertirle, Señor, es un sacerdote azteca!

Capítulo V

Las dudas de Ixtaolzín

IXTAOLZÍN volvió en extremo preocupado á su gruta de Tepeyac.

Ni dirigió siquiera una palabra á las pobres mujeres que habíale tendido la escala de cuerda al escuchar la señal para ello convenida.

Ni contestó á las preguntas que le hicieron, tratando de inquirir la causa de la dilación de su regreso.

Sólo en casos muy raros dejaba el sacerdote de encerrarse en la gruta después de puesto el sol.

Ixtaolzín pidió que le dejaran solo.

Tomó un asiento de caña y con la frente entre las manos permaneció largo rato abismado en sus propios pensamientos, al lado del altar de sus dioses.

Su preocupación era tan grande, que no se cuidó de poner fuego á las rajadas de ocote preparadas en una especie de brasero de barro cocido, colocado cerca del ara.

De pronto un ténue rayo de luna penetró por la tro-

nera que había dado paso á la exclamación del Padre Valencia.

Ixtaolzín levantó su frente y miró la iluminada tronera.

—Por ahí,—dijo,—por ahí penetró esa voz que ha herido mi alma.

—¿Por qué fué por ahí?

¿Por qué no salió de vuestros labios, imágenes de mis viejos dioses?

¿Acaso vuestra lengua es más torpe y tarda que la de esos peñascos, de los cuales podría yo hacer otra figura como la vuestra?

¿O quizá debo tomar como voz de vuestros labios de piedra la casualidad que contestó con el nombre del Dios enemigo á mi pregunta?

¡Pero no, eso no es posible!

Si tal hubierais hecho habríais confesado vuestra derrota.

Y entonces nos habríais engañado durante largos siglos en que os hemos tributado culto.

¿Permaneceréis impasibles ante la acusación que os lanzo?

¿No queréis responderme ó no podéis hacerlo?

¡Oh! ¡maldito sea el sacerdocio que ejerzo!

Merced á él soy ménos ignorante que la generalidad de mis compatriotas.

¡Ah! ¡cómo envidio su ignorancia!

Ellos no os examinan y os adoran sólo por que nosotros les decimos que sois sus dioses.

Yo quiero examinaros y os veo en toda vuestra pequeñez.

¿Acaso habéis sido dioses sólo porque nosotros hemos querido que lo seáis?

¿Quién sabe!

Habéis abandonado á vuestro pueblo, nos habéis entregado en manos de vuestros enemigos, precisamente en los momentos en que Moctezuma había elevado vuestro culto á su mayor grado de esplendor.

Vuestras imágenes han sido despeñadas desde la cúspide de los teocallis entre las burlas, no ya de los españoles, sino de muchos de vuestros antiguos servidores catequizados por los misioneros.

Rotos en pedazos estáis sirviendo de cimientos á las columnas de los templos cristianos.

Esas columnas pesan sobre vosotros y no os movéis bajo ellas ni las derribáis con vuestra cólera.

¿Sois piedras y nada más que piedras?

¡Nada!

¡Ninguna respuesta!

¡Vuestros labios permanecen inmóviles!

Mientras tanto mi cerebro es presa de febril agitación.

Mi frente está fría y embargada de dolor.

Podría creer que habéis muerto y que la piedra del sepulcro en que yacéis pesa sobre mi frente y la enfría con el frío de la nada.

¿Qué nuevo género de suplicio es este?

Aborrezco al Dios enemigo y no obstante me atrae.

Quisiera examinarle.

¿Qué tienen sus sacerdotes? ¿de qué influjo gozan que me imponen como si para mí fueran sagrados?

Ese Fray Martín ¿es un hombre como todos los demás?

¿Cómo pudo leer en mi pensamiento y desentrañar de mi reserva la verdad?

¡Cuán generosamente me dejó marchar en libertad, respetándome como á un igual!

Hubiera yo querido no salir de su celda, consultar con él mis dudas, preguntarle la solución; pero temi que el influjo á que me hallaba yo sometido, me entregase inerte á su palabra bondadosa y persuasiva.

Hice bien en huir.

Él me lo permitió, es cierto, aun sospechando como sospeché que yo era un sacerdote enemigo.

Pero no hizo más que cumplir como hombre.

Yo le había salvado, yo aparté de él la muerte.

Tuve en la mano el cuchillo para haberle arrancado el corazón.

Pude hacerlo y no lo hice, sin imposición de nadie y por mi propia voluntad.

Pero no; no es cierto lo que digo y no debo engañarme á mí mismo.

Mi voluntad nada tuvo que ver en la salvación de Fray Martín y en que yo arrojase lejos de mí el cuchillo.

Cedí al influjo que ese hombre ejerce sobre mí.

Mi primera intención me pareció cobarde y bochornosa.

¿Por qué?

¿No era acaso un enemigo de mis dioses, y no estaba yo en la obligación de sacrificarle á ellos?

¿No he sacrificado en aras de Toci, víctimas tan privadas de sentido como él lo estaba en el momento en que le hallé?

¿Por qué, pues, cedí á ese maléfico influjo?

Será él el hombre realmente destinado á resolver mis dudas?

¿Me asusta creerlo!

Porque, ¿qué otra cosa puede decirme sino que mis dioses no lo son?

¿Quiero yo acaso creer que lo es el suyo?

Y si llego á creerlo ¿podré yo seguir amando como amo á una patria sin dioses?

¡Ah! ¡patria mía! ¡tú sí que eres elocuente!

¡Cuán dulce y cuán enérgica á la vez hablas á mi corazón!

¡Cuán hermosa eres!

¡Los mismos extranjeros que han vertido á torrentes tu sangre, se han enamorado de tí y te comparan á una tierra ideal que dicen se llamó el Paraíso!

Dicen que esas tierras de donde vienen no tienen como tú tienes, las entrañas de plata y oro, ni sobre ellas viven, como viven en tí, eternamente las flores.

Que el azul de tu cielo es más limpio y azul que el suyo y que en él brillan las estrellas como en ninguno de los suyos brillan.

Que tus montañas arrancan de donde las tuyas concluyen y que sus más altos y corpulentos árboles podrían servir de ramas á los tuyos.

Y qué, ¿consentirás que aquellos á quienes hiciste tus dueños, permitiéndoles nacer de tí, sean esclavos de un audaz y afortunado invasor?

¡Oh! no, no lo creo.

A esto sí puedo responderme á mí mismo.

Tengo en mi poder las inmensas riquezas del templo mayor y dos tercias del tesoro real.

Con ellas, si lo quiero, puedo comprar á esos avarientos conquistadores y hacerlos rebelarse contra sí mismos.

La situación en que ellos mismos se han colocado, favorece mis planes de reconquista.

Ocupados en destrozarse á sí propios, no ven las señales de la tempestad que yo puedo acumular sobre ellos.

Nada me falta.

La energía me sobra.

La voluntad, infinita.

La experiencia, mucha.

Oro, el suficiente.

Desinterés, innegable; podría, si lo quisiese, pasar como Moctezuma del templo al palacio, del altar al trono.

Pero no lo quiero.

La idea, cuyo fuego procuro conservar bajo las cenizas, me entusiasma por la idea misma, no por el provecho que de su triunfo pueda resultarme.

Hijo de rey es Tezomotli; él será el rey de esta patria.

Le obligaré á ello.

Le obligaré, sí; de otro modo nada conseguiré de él.

Educado por mí, objeto de mi más ilimitado cariño, abrí imprudentemente en su espíritu demasiado extensos horizontes, y su existencia actual no le satisface.

Lo sé.

El, antes que yo, conoció el poder limitado de nuestras divinidades.

Aborrece el despotismo, que fué la gloria y la ruina de sus antepasados, y el brillo de la corona de un tal imperio no le seduce.

Pero es necesario obligarle á jugar el papel que el hado le designa.

Ixtaolzin dejó el asiento en que hasta entonces había

permanecido, abismado en las reflexiones que hemos tratado de pintar, y llamó á las mujeres compañeras de su aislamiento.

Por ellas supo que Tezomotli tampoco aquel día había vuelto á la gruta del Tepeyac.

Hacia ocho que faltaba de ella.

—Extraña ausencia,—dijo Ixtaolzin,—la última comisión que le di no debió ocuparle más de tres días, cuatro á lo sumo.

¿Por qué no habrá vuelto?

¿Qué puede haberle detenido?

¿Habrá sido descubierto por los españoles?

Acababa de hacerse á sí mismo esta pregunta, cuando llegó á sus oídos con fuerza multiplicada por el silencio de la noche un silbido agudo y prolongado.

Ixtaolzin se dirigió inmediatamente á la boca del pozo que daba acceso á la gruta y bajó la escala de cuerda, dando orden á las mujeres de que la recogiesen cuando él hubiera bajado.

Cuando hubo salido de la boca inferior del pozo, tan perfectamente disimulada entre los peñascos y malezas del cerro que, sólo conociéndola, podía darse con ella, el sacerdote produjo un silbido enteramente igual al que le había hecho dejar la gruta.

Después trepó con ligereza, casi hasta la cima del cerro, y sentándose en una de las piedras sueltas que abundaban allí, esperó que llegase el individuo que había lanzado el primer silbido.

Capítulo VI

El delirio del príncipe

IXTAOLZÍN hubo de esperar largo rato antes de que persona alguna se le presentara.

Pero al fin vió que un bulto blanco, trepando por los peñascos, iba acercándose á él.

Después llegó á estar á su lado.

En cuanto estuvo seguro de que el recién venido era un amigo, el sacerdote le preguntó:

—Tlanoc, ¿qué ha sido de Tezomotli?

—Le dejo muy mal herido.

Tan mal que no has podido traerle contigo.

—No es esa la causa por la que conmigo no viene.

—¿Cuál entonces?

—La de que no le han permitido salir de su monasterio los frailes de San Francisco.

—¿Qué ha ido á hacer allí?

—Ellos han sido quienes le han conducido á sus casas.

—Explicate pronto, Tlanoc.

—Tezomotli ha estado á punto de haber sido muerto por uno de esos feroces españoles.

—¿Su nombre!—exclamó colérico el sacerdote.

—No lo sé.

—Cuenta lo que sepas.

—El mismo día en que Tezomotli salió á cumplir la comisión que le habías dado, tuvo un encuentro con un soldado español, que con horribles maldiciones, como las que ellos usan, se quejaba de la muerte de un indio cuyo cadáver en efecto estaba á sus pies: aquel infeliz era esclavo del español y conducía sobre sus espaldas una enorme piedra labrada para la construcción de una casa de su amo. Fatigado con el enorme peso, el esclavo marchaba con dificultad y obligado sólo por las duras palabras y golpes de su infame señor, quien le amenazaba con que le echaría encima dos horribles perros de presa que consigo llevaba si no se daba prisa en llegar. Aterrado el indio procuró apresurar el paso, pero las piernas le flaquearon y cayó en tierra contra la cual le aplastó la piedra que conducía matándole instantáneamente.

—¡Ah!—exclamó Ixtaolzin,—¡malditos encomenderos! imposible es que sean de la misma naturaleza que los misioneros, ni que el Dios de éstos sea el de aquéllos! Prosigue:

—El encomendero quiso obligar á Tezomotli á que cargase aquella piedra y llenase el puesto de su esclavo muerto. El príncipe le contestó con altivez, negándose á obedecerle, y el irritado español soltó sobre él sus perros, que hubieranle destrozado sin la oportuna intervención de un misionero franciscano, que le obligó á dejarle libre.

—¿Quién fué ese misionero?

—Fray Martín de Valencia.

—¡Ah!—dijo para sí Ixtaolzín,—¡con razón no tuve valor para hundirle esta tarde mi cuchillo en el pecho! Prosigue ¿qué fué después del príncipe?

—El franciscano le cargó sobre sus hombros malamente herido y le condujo á su convento, atendiéndole en él con fraternal solicitud.

—¿Te encontrabas tú con Tezomotli cuando aconteció lo que me referes?

—¿Tan mal concepto te merezco que eso me preguntas?

—No te entiendo.

—¿Puedes creer que si al lado del príncipe hubiera estado yo, vendría ahora á tu lado sano, salvo y sin la más leve herida?

—Dices bien, fiel Tlanoc: ¿pero por qué te habías separado del príncipe?

—Para llegar antes que él á Xochimilco y prevenir á nuestros amigos.

—De modo que tú no supiste su desgracia aquel día.

—Ni en los cinco siguientes. Hasta hace tres nada pude saber ni dar con él.

—¿Y le has visto y hablado?

—Visto sí, pero no hablado.

—¿Por qué?

—Porque Tezomotli es presa de una espantosa fiebre, está sin conocimiento, parece un muerto y sólo se conoce que vive porque delira casi sin cesar.

—¡Infeliz Tezomotli! Es preciso que á toda costa yo le vea.

—No hagas tal, sacerdote de Toci, no pienses ni en bajar á la ciudad.

—¿Por qué?

—Porque si llegaran á reconocerte serías aún más desgraciado que el príncipe.

—¿Qué quieres decir?

—Que en su delirio el príncipe nos ha descubierto á todos.

—¡Habla! ¡no te detengas!

—Sus labios sólo vierten palabras de guerra y exterminio.

Se cree al frente del innumerable ejército de sus súbditos.

Describe la formación de sus huestes y nombra los jefes que las mandan.

Predice el vencimiento de los españoles y juzga reconstruido el trono de Cuithlahuatzín su padre.

Arenga á sus tropas y pretende ganarse á los mismos tlaxcaltecas, ofreciéndoles los primeros puestos de la corte y las más ricas joyas del tesoro real.

Dice que ese tesoro está en sus manos y que su guardador eres tú.

«Valerosos tlaxcaltecas,—añade en su delirio,—no os engaño, no son falsas promesas las que os hago.

»Esos tesoros están ocultos y yo puedo guiarlos á las grutas de donde vosotros mismos podréis tomarlos.

«Para comprarlos los depositó Cuauthemoc en manos de Ixtaolzín.

»Por conservarlos para vosotros sufrí heroicamente vuestro rey el martirio que los españoles le impusieron.

»Seguidme, tlaxcaltecas, y todo ese tesoro será vuestro.

»Alíaos conmigo, porque sólo vosotros sois capaces de destruir lo que habéis fabricado.

»Sin vosotros los españoles jamás hubieran vencido á los mexicanos.

»Fuisteis malos patriotas, pero vuestra venganza os cegó.

»Yo soy el nuevo rey y os perdono y os llamo á mí.

»Pero uníos á mí: os necesito.

»Mas no creáis que porque os neguéis á ayudarme mi obra quedará sin concluir.

»Mis emisarios me aseguran que todas las naciones de nuestro vasto imperio se han comprometido á luchar por mi triunfo.

»Los aguerridos totonacos, tan diestros en el manejo de la honda:

»Los cautos otomíes, temibles en sus emboscadas:

»Los ligeros mixtecos, que cubiertos con el escudo y agazapados como tigres, saltan sobre el enemigo hasta derribarle, dándole en los pechos con los piés:

»Los temibles tlahuicas, que ponen el pavor en el ánimo del contrario con sus discordantes gritos de guerra:

»Los matlazincas y cohuíxcas, los reyes de las flechas:

»Los arteros cholultecas, los sanguinarios huejotzincos, todos, en fin, cuantos valerosos pueblos dependieron un día de Moctezuma están dispuestos á seguirme y á vencer ó morir por la reconquista de la patria.

»Así pues, tlaxcaltecas, si no escucháis mis palabras, si no os dejáis seducir por mis promesas, si contra mí lucháis en pro de los españoles, temedlo todo de mí.

»¡Ay de vosotros si yo venzo!

»Daré vuestras mujeres y vuestras hijas á mis esclavos para que las deshonren y las maten.

»Y á vosotros os haré morir á latigazos.

»Temed mi cólera y acogeos á mi bondad.

»Todo puedo dároslo yo.

»Todo, hasta vuestros dioses.

»Ixtaolzín, mi gran sacerdote, guarda en Tepeyac imágenes de Huitzolopochtli, de Tezcatlipoca y de Toci que los conquistadores no han manchado con sus miradas.

»De Tepeyac ha de salir vuestra salvación.

»Allí tengo yo mi palacio y su templo Ixtaolzín.

»Allí vivimos desde la ruina de la capital para no mancharnos habitando las ciudades que habitan nuestros enemigos.

»Estos nunca podrán apoderarse de nosotros porque no conocen la entrada de nuestra gruta, oculta entre peñascos casi inaccesibles.

»Pero allí está la entrada frente á la salida del sol, que la saluda diariamente con el primer fulgor de sus rayos.

»Allí os espera Ixtaolzín con los tesoros reales.

»Allí os aguardo yo para que me ayudéis á haceros libres.

»Id allí con la respuesta de vuestro Senado.

»Id, allí os espero.»

Hé aquí lo que el príncipe dice y repite en su delirio.
Juzga tú si no estamos todos vendidos.

Durante la larga relación hecha por Tlanoc, el sacerdote permaneció mudo é inmóvil, pero su rostro fué tomando las más enérgicas expresiones del dolor y la desesperación.

—Y todo eso que me has dicho, ¿te lo han contado ó tú lo has oído?—preguntó.

—Lo he oído.

—Y contigo ¿ otras personas?

—Sí; varios frailes y algunos niños de sus escuelas.

—¿ Para servirles de intérpretes!

—Justamente.

—¿ Y cómo no hiciste lo que debías para impedirle hablar?

—¿ Y qué debía haber hecho?

—Haber matado al príncipe,—contestó con ferocidad el sacerdote.

—¿ Al príncipe!—repitió Tlanoc aterrado y confundido.

—Al príncipe, sí, al príncipe; ninguno, ni Tezomotli, á quien amo como á hijo, vale más que la patria.

—Ixtaolzin, bien sabes que también como á hijo mío le amo: en mis brazos le recibí al nacer y yo le enseñé á manejar el arco y á blandir la macana: á su lado he corrido los mismos riesgos y peligros que ha corrido él y al precio de mi desgracia compraría yo su felicidad. Con horror, pues, escucho tus palabras. Con espanto leo en tus ojos tu odio á Tezomotli, como si pudiera ser responsable de las indiscreciones de su delirio. Yo que, lo repito, le amo sobre todo y primero que todo, te conjuro á que te arrepientas de lo que has dicho, y á que me prometas que antes morirás que tocar á Tezomotli las puntas de sus cabellos, si con mal fin has de tocárselas.

—¿ Te atreverías, miserable?—exclamó colérico el sacerdote.

—Sí, Ixtaolzin, y lo que es más, á cumplir mi amenaza,—contestó Tlanoc con perfecta tranquilidad.

—¿ Oh! si preocupado como estaba cuando escuché tu señal, no hubiera venido aquí sin arma alguna...

—Me matarías, porque he venido á notificarte el peligro que corres, para que te salves de él ¿ no es cierto?

Tan justo reproche desconcertó al sacerdote.

—Tienes razón, Tlanoc; tienes razón, ¡perdóname!

—No lo haré sin que me prometas cumplir lo que de ti exijo.

—¿ Pero qué va á ser de nosotros y de nuestra patria?

—¿ Y acaso nos salvarías, matando al príncipe, que nunca podrá ser responsable de lo que ha dicho en su delirio?

—Tienes razón; pero si yo pudiera decirte cómo me atormentan el cerebro las dudas que en él se agitan, comprenderías que puedo acaso estar loco y que no sé lo que digo.

—Lo comprendo sin que me lo digas.

—¿ Qué comprendes?

—Tus dudas.

—¿ Qué dudas?

—Las que á ti, como á mí, te mortifican.

—¿ A ti también?

—Sí.

—¿ Cuáles son tus dudas?

—Las que tengo del poder de nuestros dioses; esto es, las mismas que las tuyas.

—¿ Es verdad!—observó el sacerdote con mortal desaliento.

—Comprendo, pues, tus tormentos, que son los míos; ¿ qué clase de dioses son los nuestros que así nos abandonan y así se dejan vencer por el Dios de los cristianos?

—Eso mismo me he preguntado yo, y como tú no he podido responderme.

—¿Por qué así nos entregan en manos de nuestros enemigos? ¿Qué va á ser de nosotros si los frailes de San Francisco cuentan á esos feroces gobernadores españoles el delirio de Tezomotli?

Ixtaolzín, al escuchar esta observación de Tlanoc, dejó escapar una exclamación de gozo y por primera vez en aquella noche sonrió.

—No lo contarán,—dijo con seguridad.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque ya se lo habrían contado.

—¿Y puedes asegurar que no lo hayan hecho?

—Sí, puedo.

—Explicate.

—Esta tarde ha estado aquí fray Martín de Valencia.

—¿Dió acaso con la entrada de la gruta?

—No, pero eso sin duda vino á buscar. Ahora me explico su presencia en este cerro.

—¿Pero cómo le viste tú?

Ixtaolzín contó pormenorizadamente á Tlanoc los sucesos de aquel día, que no repetimos, pues los conocen ya nuestros lectores.

Cuando hubo concluido su relación, dijo el sacerdote:

—Ahora me explico como fray Martín sospechó que no era yo quien le dije ser.

—¿Cómo entonces te dejó salir en libertad?

—Porque ese hombre es un sér excepcional.

—Pero deteniéndote, esos tesoros podrian haber pasado á sus manos.

—Tlanoc, para esos hombres, nuestros tesoros nada significan.

—Luego tú también crees en su desprendimiento, in-

verosímil en hombres de la raza de nuestros conquistadores?

—Sí, creo en su desprendimiento, Tlanoc.

—Pero, ¿cuál puede ser su plan.

—No lo sé; no alcanza á tanto mi penetración.

—Pero aun sin conocerle le temes como yo, ¿no es cierto?

—Sí lo es. Esos hombres conseguirán con su humildad y bondadoso trato lo que los soldados españoles no podrian conseguir con el peso de su opresión ni sus mortíferas armas. Esos hombres llegarán á dominarnos por completo.

—Pues es necesario impedirlo.

—Lo impediremos, Tlanoc.

—¿Cómo?

—Irritando contra ellos á los soldados conquistadores.

—Ya los odian porque nos defienden y amparan.

—Pues bien; es necesario llevar ese odio al último extremo.

—Indica la manera.

—Todas nuestras gentes deben manifestar á los conquistadores tanto rencor como cariño á los misioneros: acudir á éstos con sus quejas é invocar su auxilio contra los gobernadores y encomenderos. Los frailes tomarán con calor la defensa de los naturales, quienes deben resistirse á obedecer toda orden ó disposición que no emane directamente de los franciscanos; los conquistadores creerán que se trata de levantar á los indios contra ellos, y como á nadie respetan, ni á nada tienen consideración, maltratarán á los misioneros, que necesitarán defenderse, y con pretexto de auxiliarlos podremos organizarnos, to-

mar las armas y lograr al fin la reconquista de nuestra patria. ¿Apruebas mi plan?

—Lo apruebo, pues es, como tuyo, acertado.

—Pues ya lo sabes; todos nuestros amigos demostrarán á los franciscanos profundo acatamiento y á ellos irán con todas sus quejas: y cuando la ocasión se presente que griten en español: *mueran los españoles, vivan los franciscanos.*

—Así se hará. Pero un temor me asalta.

—Dile.

—¿No es una felonía que á esto expongamos á los franciscanos, que son hoy por hoy nuestra única defensa contra sus compatriotas?

—Lo es, pero así lo exige el éxito de nuestro plan.

—Tienes razón y convencido de ello te dejo: mañana vendré á darte cuenta de lo que hayamos avanzado.

Tlanoc se separó de Ixtaolzín, quien lentamente tomó la senda, sólo por él conocida, que conducía á la entrada de la gruta.

Capítulo VII

El sacerdote y el guerrero

MUCHOS días después de los sucesos que acabamos de narrar, y cuando apenas la primera luz de la mañana, desleída en el áspero azul de las sombras que parecían irse plegando al Poniente, ganaba la bóveda del cielo, Ixtaolzín y Tlanoc bajaban del Tepeyac y tomaban el mal trazado camino de la ciudad.

Esta yacía envuelta en pabellón de neblina medio dorada por los primeros rayos del sol, cuya luz parecía escalonada en franjas brillantes ó sombrías en las azoteas de los más ó menos altos edificios.

Al fondo, en anchas cintas que semejaban de plata, extendíanse los tranquilos lagos que ocupaban las depresiones del magnífico valle de México, y en último término los grandes volcanes del Popocatepetl y el Ixtlazihuatl recostaban sus caprichosas y nevadas cimas sobre el iluminado cielo.

—¡Imposible! — exclamó de pronto Ixtaolzín cediendo al entusiasmo de su admiración; — imposible es que sin

intentar aún un supremo esfuerzo, permitámos al extranjero dominar en nuestra hermosa patria.

—¡Oh! sí, tienes razón, — observó Tlanoc, — pero no todos nuestros compatriotas tienen, ¡Ixtaolzín! tu levantado espíritu.

—¿Qué es lo que temes, Tlanoc?

—Que la acción de todos nuestros amigos no sea tan uniforme y general como lo exige la importancia del enemigo.

—Lo será.

—No lo creo.

—¿Por qué no creerlo cuando en el interés de todos está sacudir el yugo extranjero?

—Esclavitud por esclavitud, ¿crees más pesada la de los españoles que la de nuestros antiguos emperadores?

—Sí en verdad. Aquella se basaba en la voluntad general del país.

—¿Eso dices cuando los mexicanos no descansábamos en la tarea de sujetar los pueblos que contra nosotros se rebelaban?

—¿Acaso tú, valiente Tlanoc, disculparás la invasión española?

—No la disculpo, y buena prueba te doy de ello asociándome á tus atrevidos proyectos de reconquista; pero no por eso desconozco que el pueblo no es, bajo los españoles, más desgraciado que bajo el cetro de nuestros despóticos reyes.

¿De qué libertad disfrutábamos entonces?

Los mismos nobles y generales del ejército no gozábamos de garantía alguna, sino en tanto que nos doblegamos ante el poderoso señor, adulándole hasta el grado de parecernos abyectos los unos á los otros.

Apenas vosotros los sacerdotes lograbais sustraeros á la tiranía absoluta del monarca, y eso no siempre, puesto que Moctezuma aprisionó y mató á muchos de los vuestros.

La guerra era nuestra única ocupación, y muchas veces la hicimos con fútiles pretextos á los pueblos vecinos, sólo para cazar víctimas que inmolar en nuestros sacrificios.

Nadie estaba seguro de no ser llevado algún día á la horrible piedra, y los padres no tenían inconveniente en entregaros á sus propios hijos para que los inmolarais.

Los tributos que los pueblos satisfacían, superaron muchas veces al producto mismo de las tierras y la industria.

La pobreza y la abyección eran generales en todo el país.

El despotismo la única ley.

El derecho de conquista, el sólo y único derecho.

El semillero de odios que la injusticia de nuestro proceder sembró por todos lados, produjo la inmensa cosecha de aliados de que dispusieron los españoles para destruirnos.

—Traición fué esa cuyos resultados deploran los mismos que la cometieron.

—Traición, sí, es cierto, pero hija de una venganza que nosotros provocamos imprudentemente, haciéndoles insostenible la situación y universal el descontento.

—Pero nada, Tlanoc, disculpa al pueblo que se une á un invasor extranjero.

—No niego que esa disculpa no exista; no niego que el hacerlo sea un crimen, pero cuando ese crimen se comete, signo es de terrible acusación contra el tirano

cuyos desmanes y opresión han vejado y embrutecido sus pueblos al extremo de haber borrado en ellos toda virtud y el sentimiento innato del amor á la independencia y á la patria.

—Tlanoc,—exclamó Ixtaolzín cediendo á su pesar á la evidencia de los argumentos del noble guerrero,—yo he dudado de los dioses, pero tú hasta de la patria dudas.

—No, Ixtaolzín, no dudo de ella, y servirla es mi mayor aspiración.

—¿Por qué entonces crees en la abyección de nuestro pueblo?

—Porque la veo, Ixtaolzín, porque la veo. Si esa abyección no existe, ¿por qué la toma de la capital bastó para que cesase como por encanto toda resistencia? ¿Qué pueblos ni naciones nos ayudaron á prolongar aquella memorable defensa? ¿No estuvimos en ella solos los mexicanos? ¿Y por qué lo estuvimos sino fué porque todos nuestros súbditos nos odiaban y se complacían en nuestra ruina? Desengáñate, Ixtaolzín; nosotros los acostumbramos á vivir en la esclavitud y hoy día no aspiran á la libertad porque ni aun saben lo que es.

—Pero es necesario hacerlos libres aun contra su voluntad.

—Difícil es, si no imposible, pero lo intentaremos.

—Todo nos favorece para ello; nos basta para lograrlo ayudar á los españoles á destruirse; su división y su discordia no tienen ejemplo ni precedente, y si de ellas sabemos aprovecharnos, tan seguro será nuestro triunfo como cierta es su ruina.

—¿Cuál es tu plan, Ixtaolzín?

Permíteme que no te lo descubra; no desconfío de tí, pero deseo guardar el secreto; además, no todos sus pun-

to tengo contados y arreglados, y mil variaciones habré de hacer de ellos según las circunstancias se presenten.

—Lo más importante por ahora es ganar tiempo.

—Según mis noticias están para llegar á la ciudad los capitanes españoles Gil González y Francisco de las Casas.

—¿El mismo á quien Cortés envió á sujetar á Olid á las Hibueras?

—El mismo.

—¿Pero no le tenía preso Cristóbal de Olid?

—Sí, pero como estos soldados los unos á los otros se hacen horribles traiciones, los soldados de Olid se la hicieron á su capitán, y facilitaron á las Casas su evasión de su encierro; la misma noche en que las Casas se vió libre, asesinó con alevosía durante el sueño á Cristóbal de Olid, y la justicia quedó cumplida.

—En ese caso Cortés no tardará en estar de vuelta.

—No lo estará tan pronto, porque nada sabe de esto, pues ha seguido opuesto camino al que Gil González y Francisco de las Casas traen. Sin embargo, Cortés puede saberlo de un momento á otro, y si él viene, la realización de nuestros propósitos será imposible. Conoce el oficio y sería capaz de reconquistarnos por segunda vez. Por lo tanto, nada más pretendas saber que lo que sabes, y sigue en un todo mis instrucciones. De acuerdo con ellas en cuanto lleguemos á la ciudad, dirígete á la casa de Peralmíndez Chirinos, y dile que habiendo encontrado en el camino á Alonso Estrada y á Rodrigo de Albornóz, supiste por uno de los indios que los acompañan, que si solicitaron el encargo de escoltar el oro que se envía al emperador, fué tan sólo por tener un pretexto plausible para salir de la capital, pero que su objeto no es sino el

de reunirse con Gil González y Francisco de las Casas, enterarles de lo que pasa, y decidirlos á tomar su partido y ayudarlos á tomar venganza de Chirinos y Salazar. Dile esto que te encargo y deja lo demás á mi cuenta.

—Así lo haré.

—Pues hé aquí que estamos en la ciudad, ve á cumplir tu misión.

—Hasta la noche, Ixtaolzín.

—Hasta la noche, Tlanoc; te espero en Tepeyac.

El sacerdote y el guerrero se despidieron tomando cada uno distinto rumbo y ambos entraron con poca diferencia de tiempo en la ciudad.

Capítulo VIII

El Cristo de Fray Martín

De lo que Ixtaolzín hizo aquel día no quedó constancia que lo riferia, ni se sabe más sino es que Chirinos salió con cuarenta caballos y buen número de escopeteros y ballesteros en persecución de Estrada y Alborno, á quienes á ocho leguas de México alcanzó, teniendo ya en su compañía á Gil González y Francisco de las Casas.

No necesitó de más pruebas el atrabiliario veedor, y teniendo presente aquello de que quien da primero da dos veces, cargó sobre el grupo del tesorero y contador que pasaránla muy mal sin duda, si Gil González y las Casas no hubieran reclamado á Peralmíndez la mala acogida que les hacía.

Vueltos todos á la ciudad, los partidos comenzaron á agitarse en contra de Salazar y Chirinos, quienes, no estando muy seguros de lo que acontecerles pudiera, y siempre listos á ser los primeros en dar el golpe, pretextando haber sido avisados de que se quería asesinarlos,

con gran acompañamiento de gente armada fueron á casa de Alonso de Estrada, intimándole abriese la puerta y se diera preso.

Como era natural no se avino á ello el tesorero, y aun contestó que con las armas se defendería, lo cual bastó á Peralmindez para hacer abocar á la puerta una pieza de artillería.

Intervinieron Gil González y las Casas para que no se derramase sangre, pero no pudieron evitar que el contador y el tesorero fuesen reducidos una vez más á prisión y cargados de cadenas.

A tiempo que esto acontecía y la obra de Hernán Cortés caminaba, gracias á las rencillas y personales miras de sus delegados, á una, al parecer, inevitable ruina, la familia de D. Luis Alba registraba en el catálogo de sus días felices el del nacimiento del primer hijo de Gonzalo y de María, la hermosa y antigua Xochilt.

Aquel suceso acababa de afirmar la dicha celestial de aquel hogar honrado y venturoso.

Pero si grande era la alegría de los padres del recién nacido la del anciano D. Luis superaba á todo lo imaginable.

Horas enteras se pasaba al lado de la cuna, ya contemplando con suprema delicia las gracias y sonrisas del pequeñuelo, ya velando su dulce y apacible sueño.

Desgraciado de aquel que mientras el nieto durmiera se atreviese á turbar su sueño con el más insignificante ruido.

D. Luis se alzaba irritado contra el importuno y le reprendía duramente, no escaseando los juramentos é imprecaciones aprendidos en su dilatada vida de soldado.

—Cuando los ángeles duermen,—decía,—todo ser humano debe permanecer en silencio y oración, porque Dios, al cual sirven, baja á su cuna á velar su reposo y su descanso. Nunca, por lo tanto está Dios más cerca de los hombres.

En vano Fray Martin de Valencia, que por recomendación de Fray Pedro de Gante había bautizado al recién nacido, decíale sonriendo con beatífica sonrisa:

—Dios está siempre cerca del hombre bueno: es preciso que el cariño no degenera en idolatría.

A lo cual observaba D. Luis radiante de gozo y entusiasmo.

—¿Dónde estará Dios mejor y más á gusto que en el niño que acaba de salir de sus manos, libre de toda mancha é incapaz en muchos tiempos de pecar?

En ese caso está mi nieto.

Vedle, observad como sonrie. ¿No os parece que al hacerlo el cielo se abre en su rostro infantil, como si todavía pudiese contemplar á Dios frente á frente?

No lo dudéis, Fray Martin; si los niños tardan tanto como tardan en hablar nuestro idioma, es porque están ocupados, durante sus primeros años en la tierra, en conversar con Dios.

Por eso también duermen tanto.

Su alma se escapa á cada rato de su cuerpecito para volver al cielo y al seno de Dios de donde su voluntad la ha separado.

¿No habéis asimismo, observado que casi siempre despiertan llorando?

Es porque Dios, complacido en la felicidad de los padres, obliga á las almas de los niños á volver á sus cuerpecitos, y ellas se afligen en el destierro.

Poco á poco los niños comienzan á despertar sin llorar y sonriendo.

Es que Dios se esconde en el amor de los padres, y los niños comienzan á amarlos porque en el amor paternal ven un destello de la Divinidad.

Por eso el amor de los padres á sus hijos se parece tanto al que Dios tiene á sus criaturas.

Dios no podría haber fiado las almas que creó á su semejanza, sino á los únicos seres en que reside el amor de los amores: el amor paternal.

D. Luis dejó de hablar satisfecho de lo que había hablado.

María, que le había escuchado embelesada, no pudo por menos de prorumpir diciendo con lágrimas de dicha en los ojos:

—¡Bendita sea la religión que permite creer tan dulces cosas! ¡Cuán dichosa soy! ¡Qué buenos sois todos! Vuestro Dios, y también mío, es sin duda el verdadero Dios. ¡Cuánto le amo! Sin duda también él me ama á mí porque me regocija con su bondad. ¡Ah! decidme que esa bondad nunca se apartará de mí, ni de vosotros á quienes quiero, ni de mi hijo á quien adoro. ¡Ah! Fray Martín, vos que tan bien servís á Dios, debéis saber cómo se hace eterna su bondad para con los que le adoran, yo le adoro, ¡dadme algo que me sirva de prenda de su bondad!

La jóven madre había dicho todo esto seguido, sin detenerse, ni dar lugar á que la interrumpiesen.

Fray Martín no ocultó el inefable placer que le causaba la contemplación de aquel fervoroso entusiasmo con que las creencias cristianas se mostraban y desarrollaban en el alma de María.

Cierto es que en el modo de expresarse podían reconocerse aún los vestigios de sus antiguas idolátricas supersticiones, pero no por eso era menos potente y manifiesta la conquista de María por la pura religión del Crucificado.

Fray Martín contestó, pues, á la jóven lo siguiente:

—Esa prenda que solicitas la tienes, hija mía, en tus propias fe y virtud. Cree en Dios, sírvele con tu virtud y nunca Dios te abandonará, sus mejores templos son el corazón de los que le aman y le sirven bien.

—Sí, así es; padre mío, Dios está conmigo.

—No lo dudo y puedo asegurarlo.

—Pero sin embargo, padre mío, quisiera algo más que mi amor hacia él, para estar segura de su protección.

—¿Qué es lo que quieres, hija mía?

—¿Me concederéis lo que os pida?

—Dilo, hija mía, y si es posible....

—¡Oh! sí lo es, yo os lo afirmo.

—Entonces...

—Dadme, padre mío, ese hermoso Cristo crucificado que pende de vuestro rosario.

Fray Martín tomó el Cristo, y desprendiéndole de la anilla de alambre dorado de que colgaba:

—Tómale,—dijo,—y sabe que sólo por ser tú quien eres te lo entrego.

—¿Quizás tiene para vos ese Crucifijo,—preguntó Don Luis,—algún otro mérito además de ser la imagen de nuestro Salvador?

—Uno por demás extraño y digno de mención,—contestó Fray Martín.

—¿Podréis decirnoslo,—repuso Gonzalo,—á fin de que todos estimemos más y más el obsequio que á mí esposa habéis hecho?

—Si lo puedo y voy á complaceros. ¿Ha llegado á vuestra noticia que Peralmindez posee varios de esos infelices perros á los cuales con infame crueldad los encomenderos han enseñado á cazar indios?

—Nadie lo ignora,—contestó Gonzalo;—todos sabemos con cuanto empeño Peralmindez se ha dedicado á despertar en sus perros el odio contra los naturales.

—Pero lo que sin duda no sabéis,—observó Fray Martín,—y á vosotros puedo decirlo, es que yo he procurado, hasta donde me ha sido dable, impedir que Peralmindez lograra su objeto.

Voy á deciros cómo.

Peralmindez hizo llevar sus perros á un solar lindante con nuestro convento.

Allí los tenía, constantemente amarrados de gruesas cadenas, privados casi de alimentos, y cruelmente maltratados por infelices indios á quienes obligaba á lastimar á los perros con el fin de hacérselos aborrecibles.

Una vez que supe cuántas y cuáles eran las horas en que Peralmindez y sus criados dejaban solos á los perros, hallé modo de introducirme en el corral en que los guardaba.

Me hice acompañar de indios á quienes hacia dieses de comer abundantemente á los animales, y al fin logré que éstos dejasen de ver sin odio á aquéllos, y aquéllos sin terror á éstos.

Con mejores instintos que su dueño, los mastines de Peralmindez vieron en mí un amigo y protector, y obedientes á mi voluntad, bastaba que yo les mostrase el Crucifijo de mi rosario para que, cesando de ladrar, se echasen en tierra hundiéndose en ella sus horribles fauces.

Esto que fué un inocente entrenamiento, hizo á mis indios creer milagrosa esa imágen de bronce dorado en su cruz de negro ébano.

Por eso, además de por representar al Crucificado, le tenía y tengo cariño.

Me es pues, tanto más grato haber obsequiado con ella á María.

Por verla pasar á sus manos con gusto me desprendo de ella, tanto más cuanto que no puedo ya emplearla en el mismo santo objeto que os he dicho.

Hace más de un mes que Peralmindez hizo sacar del corral á sus perros.

Sin duda los ha llevado á los terrenos en que fincan sus propiedades, para lanzarlos sobre los míseros indios de sus repartimientos.

¡Haga Dios que alguna vez dé su fruto el trabajo que con ellos me impuse!

Fray Martín dejó de hablar, quedando en extremo impresionado el ánimo de los oyentes de su sencilla relación.

María besó con fervor el Crucifijo y corrió á colgarle en la cabecera de la cuna de su hijo.